

LA NOVELA CINEMATOGRAFICA

HOGAR

30
cs.



ESTRELLA
SIMBOLICA

George O'Brien
Sue Carol

L'ORGANES PISTAGNE

ERIKSON, A.F.

**La Novela Cinematográfica
del Hogar**

Publicación semanal de películas selectas

Director:

Año I Francisco-María Bistagne Núm. 3

The Lone Star Ranger, 1930

Estrella simbólica

Novela de amor y aventuras, interpretada por el popular actor, mimado por todos los públicos, George O'Brien, como caballista, y Sue Carol x

Walter Mc Grail



Es una producción **FOX**

Distribuida por

HISPANO FOXFILMS, S. A. E.

Valencia, 280

BARCELONA

Postal-regalo: **MARY DUNCAN**

EDICIONES BISTAGNE

Paseo de la Paz, 10 bis - **BARCELONA**



Estrella simbólica

Argumento de la película

A través de las llanuras del Oeste americano, Mary se dirigía a Valverdes para reunirse con su tío, que actuaba de juez en aquel pueblo.

La acompañaba su opulenta ama, mujer que pasaba de los cuarenta en lo que se refiere a la edad y de los noventa en lo que se refiere a los kilos.

Todavía no existía el ferrocarril, y mucho menos el automóvil, por lo que los viajeros habían de conformarse con el coche de cuatro

caballos, para disgusto de Mary que hubiera querido tener alas para volar, y para felicidad de su acompañante, que de buena gana habría hecho el viaje a pie o en pollino, pues la diligencia le parecía lo que ahora parece el zepelín a muchos viejos: un vehículo de vértigo y locura.

Mary era un capullo recién abierto a la plenitud de la feminidad y de la belleza. Su rostro era tan delicadamente bello como el de las vírgenes que pintaron Murillo y Rafael. No había un solo rasgo que no reuniera los encantos de la gracia y de la perfección. Era de ver el trazo de los labios de un color encendido de cereza, la fila de perlas de sus dientes, la naricilla recta y graciosa, la infantil y perenne alegría de aquel semblante, y, sobre todo, la clara y dulce belleza de aquellos ojos, grandes, profundos, ingenuos y ligeramente sombreados por las áureas cortinas de las pestañas.

Todo ello estaba animado por un effluvio de vida y espiritualidad. La deliciosa muñeca palpaba de sentimiento. Era toda alma, toda pasión, toda sensibilidad, si bien todo ello permanecía recatadamente oculto bajo el velo virginal de la pureza.

Sobre la piel de la garganta—maravilla de nácar y rosa—descansaba un precioso collar de mucho valor que se mecía a impulsos del alentar de su pecho.

El ama iba absorta en sus rezos, en tanto Mary leía un libro que debía de ser muy interesante, a juzgar por la atención que demostraba y por las emociones que la lectura iba haciendo desfilir por sus ojos.

De pronto se oyó un disparo y la diligencia se detuvo tan en seco como la sangre de los caballos permitió.

Mary asomó la cabeza por la ventanilla y vió que dos enmascarados apuntaban con sus revólveres a los mayores.

—¡Los bandidos, ama!—exclamó la joven retirándose de la ventanilla—. Esto se pone emocionante.

Al ama, en vez de emocionante le pareció terrorífico y miró instintivamente los asientos de la diligencia con el propósito de ocultarse debajo de uno de ellos, cosa realmente disparatada dado el volumen de la buena mujer.

—Bajen ustedes ahí—gritó una de los saltadores al lado de la ventanilla.

Casi al mismo tiempo abrió la portezuela y apuntó a las mujeres con el revólver.

—¡Bueno, hombre, bueno! ¡Ya vamos! Pero apunte usted hacia otra parte, que se le podría escapar el tiro.

El ama no dijo nada. Ni a rezar acertaba siquiera.

Al ver que Mary había bajado, y ayudada por ella, bajó también.

El bandido, en tanto su compañero se ocupaba de contener a los mayores, examinó a Mary de arriba abajo y, a través del antifaz, fijó la vista en la blanca garganta de la joven.

Instintivamente, Mary se cubrió el escote con las manos, pero de poco le sirvió, pues el bandido le arrancó de un tirón el collar.

Trató la muchacha de defenderse, pero de un empujón fué a parar al interior de la diligencia.

En este momento se oyó un disparo y el vertiginoso galopar de un corcel en la falda de la próxima colina.

Se dirigía a la diligencia como un rayo, levantando una nube de polvo.

Los dos bandidos miraron al caballista y después cambiaron una mirada entre sí.

—Es Buck—dijo uno.

Si, es él—convino el otro.

Y montaron de un salto a sus caballos y salieron de estampía.

Un segundo disparo del temido jinete espantó a los caballos de la diligencia, que se encabritaron lanzándose a una frenética carrera, en la que arrastraron consigo a la diligencia, y, con la diligencia, a Mary.

...

Buck Duane era un fuera de la ley, pero ello no le impedía ser al mismo tiempo un hombre honrado.

Había cometido una muerte en defensa propia, pero nadie había presenciado la lucha y al homicidio se le llamaba asesinato. Sin embargo, Buck tenía la conciencia bien tranquila.

Seguro de que nada había de lograr con palabras, ensilló su caballo después del incidente, hizo buena provisión de proyectiles y huyó a la montaña.

Conocía aquellos parajes palmo a palmo y sería en vano que la policía se lanzara en su busca, cosa que ciertamente no tardó en hacer, teniendo tantos fracasos como tentativas.

Mucho tiempo llevaba Buck Duane viviendo en plena naturaleza. Aquella mañana estaba bañándose en el río Grande y su caballo corría libremente por la orilla.

Asomaba por la superficie el pecho bronceado y magnífico de Buck. Dijérase el tórax de un gladiador romano. Cualquier movimiento ponía en juego todos sus músculos aumentando la arrogancia estatuaría de aquel cuerpo. Sobre el cuello poderoso, resplandecía un semblante lleno de simpatía y de jovialidad, de una belleza viril en la que resaltaba el centelleo de los blanquísimos dientes rara vez cubiertos por aquellos labios que parecían hechos para sonreír.

Oyó de pronto el disparo de los bandidos en la no muy distante carretera y, saliendo del agua y vistiéndose con rapidez de transformista, montó a su caballo y remontó la colina con la velocidad de un proyectil.

Para no perder tiempo, se había echado la chaqueta al hombro, pensando ponérsela en mejor ocasión, pero se la llevó el viento y Buck hubo de continuar la carrera sin que nada le cubriera de cintura arriba. No era cosa de volver atrás. Un fragmento de segundo era precioso en aquel momento.

Vió la diligencia, vió a los enmascarados.

—Ya sabía yo que se trataba de un asalto, querido—dijo Buck al mismo tiempo que golpeaba suavemente el cuello del caballo.

Y éste, como si lo comprendiera redobló la velocidad de su carrera, que más que tal se convirtió en vuelo, mientras Buck hacía su primer disparo.

Al ver que los bandidos huían, hizo el segundo. Fué entonces cuando la diligencia salió estampada.

Los gritos del ama le hicieron comprender que dentro de la diligencia había alguien y no se detuvo al llegar al lugar del asalto, sino que golpeó con menos suavidad que antes el cuello del corcel, con lo que se hizo el milagro de que aumentara la velocidad de la carrera, a pesar de que parecía haber llegado al límite de las facultades del animal.

Alcanzó prontamente a la diligencia y pasó ágilmente de su caballo a los que formaban el tranco. Asió las riendas y los animales se detuvieron con gran ruido de cascos.

Mary asomó entonces la cabeza por la ventanilla. El sombrero le había caído sobre un ojo y un mechón de la revuelta cabellera le

llegaba hasta la boca. Estaba tan atontada como si acabara de salir de una "plataforma de la risa".

Buck la ayudó a bajar del coche y Mary creyó continuar bajo los efectos de la loca agitación cuando vió ante sí aquel joven vestido al estilo indio.

—¿Ha sido usted quien ha detenido la diligencia?

—Sí, señorita.

—Ahora lo comprendo todo. Ha perdido usted la guerrera durante su difícil trabajo.

Buck se miró el desnudo pecho y se ocultó detrás de la cabeza del caballo, asomando la suya por encima de la cabeza del animal.

La confusión de Buck hizo a Mary mucha gracia. Se echó a reír mientras tendía al caballista su mano.

—Le agradezco mucho lo que acaba de hacer por mí. Soy Mary Aldoridge. Mi tío es el juez de Valverdes y voy a reunirme con él. Siento mucho no llevar en mi equipaje nada que pueda servirle de guerrera.

—No se preocupe de eso, señorita. Volveré al río a buscarla. ¿Han tenido tiempo los bandidos de robarle algo?

—Lo mejor que llevaba—dijo Mary con tristeza muy relativa—: un precioso collar que me regaló mi padrino.



—¿Ha sido usted quien ha detenido la diligencia?

—Si son los de la banda de Holt, como me temo, haré todo lo posible por recuperar el collar.

—¿Es usted de la policía?

La pregunta pareció a Buck muy graciosa.

—No, señorita. Todo lo contrario.

—¿Eh?

—Quiero decir que me examinó para policía y me suspendieron.

En este momento llegaron el ama y los mayores, y Mary, muy a pesar suyo, hubo de despedirse de Buck para continuar su camino hacia Valverdes.

Todos dieron las gracias al intrépido caballista y la diligencia se puso en movimiento.

Mary fijó la vista soñadoramente en el techo del carruaje.

—¡Ha sido hermoso!—exclamó.

II

Buck recogió su guerrera y se dirigió a una granja de las cercanías.

A su alrededor pacía un rebaño muy numeroso, al cuidado de un pastorcillo que saludó a Buck con grandes voces.

Era un muchachito de unos doce años. El caballista, después de atar su montura al lado de atrás de la casa, abrazó cariñosamente al niño.

—Estás chorreando, Buck. ¿Es agua o sudor?

—Las dos cosas. Acabo de darme un paseo un poco agitado.

—Entra y descansarás. Mi padre te dará ropas secas.

En efecto, el padre del muchacho se apresuró a atenderle. Se veía que en aquella honrada casa tenían a Buck por un buen amigo.

El granjero le preparó también un buen almuerzo que Buck comenzó a devorar con excelente apetito.

Pero he aquí que de pronto se oyó el galopar de un caballo y por la ventana vió Buck que lo montaba Mac Nally, el policía.

—¡Cualquiera diría que ese hombre me huele! exclamó Buck—. ¿Dónde me escondo?

No había sitio donde esconderse con seguridad y, sus vacilaciones, dieron tiempo a que Mac Nelly llegara a la casa.

Buck tuvo el tiempo justo para colocarse de-

trás de la puerta, de modo que cuando el policía abrió le ocultó el mismo.

—Tengo noticias de que viene aquí con fre-



... le ocultó el mismo.

cuencia cierta persona que me interesa mucho encontrar.

—Aquí no viene nadie—repuso firmemente el granjero.

De pronto, entró el pequeño pastor por la puerta trasera con un corderillo en brazos.

Preocupado en sujetar el animalito, no vió que no era Buck el que estaba con su padre y exclamó:

—¡Mira, Buck!

Buck se mordió los labios y Mac Nelly le miró con vivo interés, al mismo tiempo que el muchacho levantaba la cabeza y se daba cuenta de la situación.

—¿De modo que vas a enseñar tu cordero a Buck?

—No, señor—repuso el muchacho con naturalidad—. Vengo a enseñárselo a mi padre. Buck es el nombre de mi cordero.

Buck respiró tan profundamente como silenciosamente y Mac Nelly dió media vuelta para marcharse.

En el umbral se detuvo.

—Si ves a Buck, dile que quiero hablar con él. Lo que he de decirle nos interesa a los dos.

Cuando de nuevo se oyó el galopar del caballo, Buck cogió en brazos a su amiguito y le felicitó efusivamente.

—A eso le llamo yo ser listo.

—Ya lo has oído, Buck. Mac Nelly quiere hablar contigo—dijo el granjero irónicamente.

—Mac Nelly es muy amable—repuso Buck en el mismo tono.

Cuando el policía y su caballo se perdieron en el horizonte, Duane se despidió de sus amigos.

—Me voy a Valverdes. Hay allí algo que me interesa más que el amigo Mac Nelly.

Al llegar Mary a Valverdes lo primero que hizo fué referir a su tío el asalto de que había sido víctima.

Poco después, el juez se entrevistaba a solas con un individuo llamado Ramson.

—Me he enterado de que han robado el collar a mi sobrina y es preciso que se le devuelva en seguida el collar.

—Nuestros hombres han obrado por su cuenta y le han tomado ya gusto a la joya. No seré yo el que les mande que la devuelvan. Y créeme que lo siento porque tu sobrina merece cualquier sacrificio. ¡Cosa rica!

—Mi sobrinas—repuso el juez furiosamente—no tiene nada que ver con nuestros tratos y te suplico, da dejés en paz.

—No te pongas nervioso, viejo. Piensa en lo que ocurriría si se enterara la muchacha de que Holt, el bandido, no es otro que su querido tío, el juez de Valverdes.

—Por ahora mando yo, Lawson, y los hombres ejecutarán mis órdenes. Reflexiona lo que estas palabras pueden querer decir.

—Sería preciso hacer una votación secreta para saber si la banda está de tu parte o de la mía.

Se dirigió a la puerta silbando y salió. Ardía en deseos de volver a encontrarse con la sobrina del jefe.

Unos gritos de mujer detuvieron a Buck en su vertiginoso galopar.

—¡Señor, señor! ¡Sujete al caballo! ¡Pronto! ¡Se va a matar!

Cerca de la mujer que daba estas voces daba furiosos brinco un caballo que en vano trataba de sujetar quien lo montaba.

Buck bajó de un salto de su montura y corrió a prestar auxilio al apurado jinete, pero en este momento, el caballo en una convulsión más

violenta que las anteriores, arrojó su humana carga al suelo, hiriéndola rodar como una pelota.

Fué Buck a levantar al caído y vió con sorpresa que se trataba de la muchacha de la diligencia.

También ella demostró estupefacción.

—Está visto que siempre que me ocurre algo ha de acudir usted a ayudarme.

—Ayudarla es para mí un gran placer, señorita.

Otra vez se entabló entre ellos un diálogo lleno de fases interesantes y la charla fué esta vez interrumpida por la llegada del juez.

Tío, este es el joven que me salvó la vida en la diligencia.

El juez le dió las gracias un tanto fríamente y Buck, considerando que nada tenía que hacer allí ya, se despidió del tío, dirigió a Mary un alegre adiós y se alejó al galope tendido de su caballo.

Desde entonces, rara era la noche que Mary no salía al jardín al oír el galopar de un caballo y entre ella y Buck se trababa una de aquellas conversaciones llenas de jovialidad.

juventud, por encima de la valla que cerraba el huerto.



Desde entonces...

III

Estaba Buck en su refugio de rocas, preparándose la comida, cuando vió aparecer a un

caballo por un requebrío del valle. Estaba el refugio tan cerca de aquella revuelta y tan veloz iba el jinete, que Buck habría tenido el tiempo justo para apercibirse de haber querido hacerlo.

Era Mac Nelly. Bajó el polvén del caballo y se acercó a Buck.

Gracias a Dios que doy contigo.

—Eres valiente, Nelly. ¿Cómo te has atrevido a llegar hasta aquí con el revólver enfundado? ¿No has oído hablar de mi puntería?

—Sí; pero he oído hablar también de tu costumbre de no disparar hasta que el adversario dispara.

—A veces es un inconveniente tener fama de justo.

—No hay motivo para hablar de inconvenientes todavía. Espera a saber lo que me ha traído aquí.

Buck le miró con curiosidad.

—Sí, Buck. No he venido a prenderte sino a hacerte una proposición. ¿Te gustaría que te dejáramos en paz para siempre?

—Eso sería una gloria para mí, Mac Nelly.

—Pues en tu mano está.

—¿Qué he de hacer?

—Ayudarme a capturar a la banda de Holt. Es empresa peliaguda, desde luego. Cuantos hombres se han encargado de ella han sacrificado inútilmente su vida.

—No podías ponerme una condición que me agradara más. ¿Palabra que me dejáis tranquilo si capturamos a la banda de Holt?

Mac Nelly le tendió la mano.

—Palabra... Y para que puedas trabajar con más garantías de éxito, toma esta placa. Desde este momento perteneces a la policía rural conmigo como jefe.

Le faltó el tiempo para dirigirse a Valverdes.

Se fué derechamente a la taberna donde sabía que se reunía lo peor del poblado y especialmente un tal Lawson que no le inspiraba confianza ninguna, y menos desde que supo por la misma Mary que no la dejaba ni a sol ni a sombra.

Poco después había ocurrido en la taberna un hecho que no podemos dejar de relatar.

Laramie, un honrado ranchero de los con-

ornos, había llegado a Valverdes para quejarse al juez de las continuas faltas que advertía en sus ganados.

Como el juez no le atendiera satisfactoriamente, Laramie, que si bien estaba muy lejos de sospechar que el propio juez era el jefe de la banda que realizaba aquellos robos, sospechaba de la guapeza de Lawson, se dirigió a la taberna para entrevistarse con él.

No necesitó buscarlo. Comenzó a contar al dueño del establecimiento lo ocurrido y como pronunciara en voz alta el nombre de Holt, el del mostrador le dió un prudente consejo.

—No pronuncies aquí ese nombre en voz alta.

En este momento llegó a su lado Lawson, el cual, al oír el nombre de su jefe, se colocó al lado de Laramie y le dirigió una mirada entre burlona y retadora.

¿Qué te sucede, viejo?

Laramie, enfurecido por la burla, respondió:

—Algo que acaso sepas tú. No pasa día sin que me falten varias cabezas de ganado y esto ha de terminar.

—¿Y qué me importa a mí tu ganado?

—Si a ti no te importa mi ganado, acaso le importes tú a la policía.

Las palabras se fueron enredando y Lawson, para dejar su autoridad bien sentada, tuvo que darle un empujón cuando Laramie pronunció unas palabras demasiado atrevidas.

El ranchero echó mano al revólver, pero no bien lo hubo sacado su mano se encontró con una bala del de Lawson.

Dejó caer el arma lanzando un grito de dolor y todos los presentes permanecieron inmóviles y silenciosos. Alguno no se atrevía ni siquiera a respirar.

Lawson salió de la sala con un gesto de jactanciosa indiferencia y en este momento entró Buck.

Al ver a Laramie con la mano ensangrentada, aunque no le conocía se acercó a él.

—¿Qué ha sido eso, amigo?

Laramie le explicó lo que acababa de ocurrir.

—¿Y no se ha puesto usted nada en la herida?

—Nada.

Buck pidió agua en el mostrador y lavó la

herida a Laramie. Después se la vendó cuidadosamente.

Todos miraban con terror hacia la puerta. Si en aquel momento entrara Lawson habría que



se la vendó cuidadosamente.

ver lo que sucedería. Aquel joven había entrado en la taberna con demasiados lamentos.

Únicamente el del mostrador, que había reconocido en el visitante a Buck Duane, no temía por él, sino por su establecimiento. Dios sabe

lo que ocurriría si los dos ases del revólver se vieran frente a frente.

Había también en el salón dos miembros de la banda de Holt, pero no habían visto a Buck, al cual habrían reconocido al punto. No había nadie en la banda que no conociera el mejor caballista del Oeste, excelente tirador y hombre de intrepidez temeraria.

Precisamente aquellos dos sujetos de Holt eran los que habían robado a Marv el collar y estaban distraídos charlando con una joven empleada en la taberna y que no tenía más misión que la de distraer a los buenos clientes. Con esto bastará para deducir qué clase de mujer era.

Buck, desde que los vió, no les quitaba ojo y por eso pudo ser testigo de lo que ocurrió al inclinarse uno de ellos para recoger del suelo algo que se le había caído.

Aprovechando esta ocasión, el compañero le extrajo del bolsillo trasero del pantalón un collar que, por él asomaba y se lo entregó a la camarera, la cual se apresuró a guardárselo y a agradecer el obsequio todo lo expresivamente de que su casaca pudor la hacía capaz.

La idea de que aquél era el collar de Mary,

surgió instantáneamente en el pensamiento de Buck, el cual, sin andarse con rodeos, se acercó a ellos y dijo a la joven que depositara sobre la mesa el collar.

Los dos hombres, al ver a Buck, echaron casi instintivamente mano al revólver, pero antes de que pudieran empuñarlo se vieron encañonados por el de Buck, quien, al mismo tiempo, los desarmó con la mano que le quedaba libre.

—Pasad delante y sin volver la cabeza. Ya sabéis el camino del juzgado.

Antes de echar a andar, Buck, con un gesto lleno de naturalidad, sacó el collar del bolsillo donde la camarera se lo había guardado.

Al llegar a presencia del juez le mostró el collar de su sobrina.

Estos dos puntos son los que asaltaron la diligencia y, además, es muy probable que sean también los que roban a Laramie el ganado. Pero eso lo aclararemos mañana por la noche. Tengo una interesante cita con Laramie. Usted tenga bien encerrados a estos dos y poco a poco irá cayendo toda la banda de Holt.

Al ver que Buck llevaba la placa de policía, el juez se vió en el caso de disimular.

— Muy bien, muchacho. Entre usted mismo a devolver el collar a Mary. Estoy seguro de que ni usted ni ella desean otra cosa.

En efecto, fué para Mary una gran alegría el volver a ver su collar y el ver de nuevo a Buck.

— Le prometí que se lo devolvería y aquí lo tiene.

— Indudablemente usted es para mí un ángel protector.

No sabe usted lo que me gusta el cargo.

— En compensación, le invito a la fiesta que doy mañana por la noche.

— Mañana por la noche? Desdichada coincidencia. Tengo un compromiso ineludible.

— Ya se ve que es usted un hombre muy solicitado.

— Se trata de una obligación. Mary. Quiero coger con las manos en la masa a los ladrones de ganado que hacen estragos en las inmediaciones de Valverdes.

— Siendo así...

— Pero si usted tiene verdaderos deseos de complacerme, puede acompañarme mañana por la tarde a dar un paseo a caballo.

— Para que vea usted que sí que tengo esos deseos acepto su proposición.



... puede acompañarme mañana por la tarde a dar un paseo a caballo.

Entretanto, el juez se había llevado a los detenidos al otro lado de la casa.

—Eso os pasa por ser tan majaderos. Por un collar nos hemos expuesto a que se descubriera el pastel. Ahora, para disimular, es preciso que os tengis encerrados por lo menos un día.

Los encerró y mandó llamar a Lawson.

—Que se suspenda el robo del ganado de Laramie. Ese demonio de Buck Duane anda sobre la pista.

—No, viejo, no se suspenderá nada. Necesitamos dinero y no vamos a perder esta ocasión porque tú tengas miedo a Buck.

—Tú te has empeñado en llevarnos a todos a la ruina y lo conseguirás. Pero fíjate bien en lo que te digo. Buck Duane te dará el castigo mucho antes de que lo esperes.

Y el juez se fué, perseguido por la risa soez e irónica de Lawson.

IV

A la tarde siguiente, antes de la hora fijada, estaba Buck rondando la casa de Mary.

Salió ésta en seguida, pues también estaba preparada desde hacía un buen rato. Llevaba

la joven un traje campero masculino y a Buck le pareció tan ligera como una pluma cuando la ayudó a subir al caballo.

Emprendieron primero una rauda carrera y así pudieron llegar en seguida a los valles rocosos. Las piedras formaban allí montañas y abismos, arcos y puentes, todo esculpido por la mano poderosa de la naturaleza.

Era una tarde deliciosa por lo apacible. El sol se hundía lentamente por detrás de las erectas cumbres y era magnífico el espectáculo de aquellas rocas recortadas sobre el fondo claro del cielo.

Buck detuvo su caballo.

—¿Ve usted aquel puente junto al gigantesco muro de rocas?

—Sí.

Pues allí tiene su campamento una de las escasas tribus indias que han sobrevivido al embate de nuestra civilización. Tiene un jefe al que le llaman "Pico de Oro" porque sabe maravillosas leyendas de amor. A mí me ha contado muchas. Es un verdadero poeta de la palabra.

—Me gustaría oírle.

—Acaso no le entienda, pero yo le traduciré lo que diga.

Junto al puente estaba sentado "Pico de Oro".



¿En usted aquel puente?

Buck bajó del caballo y le saludó. El indio correspondió al saludo con mucha ceremonia.

Cruzó después con él algunas palabras que Mary no comprendió y la ayudó a bajar del caballo.

—"Pico de Oro" nos contará la leyenda de este puente.

Se sentaron en el suelo junto a él y el indio comenzó a hablar en un lenguaje del que Mary no comprendía una sola palabra.

Sin embargo, lo adivinaba todo. Los gestos de "Pico de Oro" eran muy elocuentes. Su voz adquiría inflexiones de una fuerza expresiva maravillosa. Todo él estaba como sumergido en la poesía de la narración.

Al terminar, sus ojos quedaron fijos en el gran arco de piedra y Buck tradujo:

—Dice que un indio y una india de dos tribus distintas se amaban. La diversidad de castas hacía imposible tal unión y huyeron de sus tiendas respectivas. Las dos tribus les persiguieron y les cercaron en lo alto de ese muro rocoso. Entonces ellos, viéndose perdidos, se arrojaron al abismo y la naturaleza hizo nacer aquí este arco a modo de tumba.

Más que el significado de la leyenda, el ambiente que la rodeaba había sumido a Mary en un dulce éxtasis.

Otras historias refirió "Pico de Oro" y Mary escuchó la traducción de Buck sin hacer ningún comentario. Sólo cuando emprendieron el regreso, al paso lento de sus caballos, tan cerca el uno del otro que sus piernas se rozaban, ex-

clamó de súbito con voz empañada por la emoción y como hablando consigo misma:

— ¡Cuánto debían amarse esos jóvenes indios!

Hasta la naturaleza les rindió homenaje.

Entonces Buck hizo un esfuerzo y repuso:

— Oiga, Mary. ¿Cree usted que se amaban mucho esos jóvenes indios?

— Mucho.

— Pues bien, lo mismo la amo yo a usted.

La mirada conmovida de Mary fué una respuesta elocuente. Y el cielo y la tierra fueron los únicos testigos de aquel primer beso.

— — —

Se habían internado en un bosque, cuando oyeron ruido de cascos y vieron pasar por la linder del bosque dos caballos al galope tendido.

Buck advirtió que los montaban los dos bandidos que había entregado al juez la noche pasada y este hecho le llamó la atención de tal modo, que dijo a Mary:

— Vuelve tú a casa sola. He de seguir a esos hombres.

Y montó de un salto a su caballo y corrió tras los desenfrenados jinetes.

Había cerrado ya la noche cuando llegaron los bandidos a un estrecho cañón a cuya entrada dejaron los caballos.

Rastreado por los altos bordes de la hondura, pudo ver Buck que estaba reunida toda la banda con Lawson a la cabeza.

Con riesgo de su vida, descendió por los resquicios de la pared y así pudo oír lo que hablaban:

Lawson decía:

— Esta noche no ha de quedar un solo animal en el rancho de Laramie. Necesitamos dinero. La banda está muerta. El viejo Holt se muestra más tímido de día en día.

No necesitó Buck oír más. Volvió a trepar por la pared arriba y ya estaba casi en el borde cuando algunos picachos se desprendieron y cayeron al fondo del cañón, denunciando su presencia.

Sonaron inmediatamente varios disparos, pero la obscuridad fué un buen aliado para Buck, el cual pudo llegar hasta su caballo y pasar por delante de la entrada del cañón antes de que los bandidos pudieran apercibirse.

Al oír el galopar del caballo, Lawson envió a uno en su persecución.

— Síguelo, Bizco. Es Buck Duane y segura-

mente irá a dar cuenta a Laramie de lo que hemos hablado. Si obras con cautela llevarás las de ganar. No le pierdas la espalda y es tuyo. Y nada de miramientos. Para algo lleva uno encima el revólver.

Montó el *Bízo* en su caballo y emprendió cautelosamente la persecución.

Llegó Buck al rancho de Laramie y entró en él. El *Bízo* se situó fuera de la valla, oculto en la copa de un árbol. Mientras Buck llamaba a la puerta de la casa, él afinaba la puntería. Disparó en el preciso instante en que se abría la puerta y fué Laramie y no Buck el que recibió el balazo.

El rancho se desplomó instantáneamente. La bala le había atravesado el corazón y todo lo que Buck pudo hacer fué comprobar que todo intento de salvarle sería inútil.

El *Bízo* bajó del árbol, montó a su caballo y se dió a la fuga. El no haber matado a Buck significaba para él un gran peligro.

Y Buck Duane salió en persecución del asesino.

V

La fiesta de Mary estaba en aquel instante en todo su apogeo. Jóvenes y viejos imitaban a la muchacha en los bailes que había aprendido en la ciudad.

Y la fiesta tuvo desde aquel momento un invitado más: el *Bízo*. El bandido consideraba que no había lugar mejor que aquel para refugiarse.

Le extrañó a Buck que la pista del foragido terminara precisamente delante de la casa del juez y entró. Ni siquiera se preocupó de Mary, que estaba muy cerca de la puerta en aquel momento. Sus ojos se fijaron en lo alto de la escalera, donde se hallaba el *Bízo*.

—¿Cese la música! gritó Buck— Hay en esta casa una persona a la que es preciso detener porque acaba de cometer un asesinato.

Todos cesaron de bailar y en el salón se hizo un silencio religioso.

—Esa persona es...

No pudo terminar la frase. El Bisco había empuñado su revólver y Buck tuvo que disparar el suyo para defenderse. El bandido rodó por la escalera con el brazo traspasado.

Como el herido pasaba en el pueblo por honrado, todos se revolvieron contra Buck, el cual tuvo que huir.

Pero ya no se movió de los alrededores de la casa. Estaba seguro de que aquella noche sucederían aún muchas cosas interesantes.

En efecto, pronto llegaron Lawson y dos bandidos más. Desde el árbol en que Buck había acertado a esconderse vió cómo Lawson entraba en el despacho del juez y hablaba con él en un tono que le permitía comprender ciertos detalles extraños que le habían hecho cavilar mucho en los días anteriores. Entre el juez y los bandidos mediaba una intimidad acusadora. ¿No sería el tío de Mary aquel misterioso Holt de cuya personalidad no tenía la policía el menor rastro?

Lawson explicaba al jefe lo ocurrido en el rancho de Laramie y el juez protestó:

—Ya he dicho que no quiero sangre. Bastante mal hacemos con los robos.

—Pues para mañana preparamos un robo en

el banco del pueblo vecino — repuso Lawson cínicamente — y entonces no vamos a permanecer con los brazos cruzados.

—Yo no autorizo ese robo.

—Pero lo autorizo yo y eso basta.

—Mañana mismo me entregaré a las autoridades confesando nuestros delitos y entonces las pagaremos todas juntas.

—Procura hacerlo cuando nos hayamos alejado de Valverdes. De lo contrario es posible que corrieras la suerte de Laramie.

—No me asusta la muerte. Ahora mismo me batiré contigo si no sales inmediatamente de aquí.

Al ver el juego malparado Lawson se apresuró a abandonar aquella habitación y salió de la casa en compañía de sus secuaces.

Como la ventana estaba cerrada y bastante alejada del árbol en cuya copa se refugiaba Buck, éste no pudo oír una palabra del interesante diálogo y lo peor fué que la rama que le sostenía, cansada sin duda de soportar su peso, se rompió con un gran crujido, dando en el suelo con Buck.

Instantáneamente llevóse éste la mano al revólver y advirtió que no lo tenía. Sin duda lo ha-

liza perdido al caer. Como no era coeta de ponerse a buscarlo, pues Lawson y sus acompañantes le habían visto caer y se dirigían hacia él con intenciones nada buenas, Buck se dio a la fuga.

Después de dar una vuelta completa a la casa, consideró que lo más seguro era penetrar en ella y lo hizo. Aun estaba subiendo las escaleras cuando oyó pasos de sus perseguidores en el vestíbulo. Se internó por un corredor y después por una puerta que se abrió al azar.

Este azar quiso que perteneciera al dormitorio de Mary. Estaba la joven en ropas muy íntimas y sentada al borde de la cama pensando en lo que aquella noche acababa de ocurrir cuando oyó el ruido de la puerta y vio entrar a Buck. En un movimiento instintivo, tiró de las ropas de la cama y se cubrió con ellas.

—¿A qué ha venido usted aquí?

—Perdóneme, Mary. Me persiguen y he perdido el revólver.

—Si no fuera usted un criminal no le perseguirían.

—Usted no comprende, Mary. Yo soy inocente. Los criminales son ellos.

—No espere usted que le oculte—dijo Mary, cada vez con menos convicción.

Pero como oyera golpear la puerta en este momento, miró azorada a un lado y a otro y le indicó el armario ropero.



—¿A qué ha venido usted aquí?

Cuando Buck estuvo encerrado en él, Mary se puso un salto de cama y fué a abrir.

Entró su tío acompañado de Lawson y de dos hombres más que ella no había visto nunca.

Sin pronunciar palabra ni hacer el menor caso a las protestas de Mary, registraron toda la habitación.

De prouto, fijó Lawson la mirada en el armario ropero y dijo con una sonrisa feroz:

—Ese armario no lo hemos registrado todavía, pero no hace falta.

Y después de dar a sus acompañantes una orden por señas, los tres comenzaron a disparar sobre el armario sin hacer caso a los desesperados gritos de Mary ni a las voces iracundas del juez.

Cuando no quedó un palmo de la puerta donde no hubiera la huella de un balazo, Lawson se dispuso a marcharse. Pero antes quiso completar su obra de maldad.

—Señorita: por si le interesa, sepa usted que Holt, el jefe de la terrible banda, es su querido tío.

Y añadió dirigiéndose al juez:

—Adiós, viejo. Y no te olvides de lo que te he dicho. Para hacer la denuncia espera a que nos hayamos marchado de Valverde. De lo contrario irías a hacerle compañía a Buck Duane al otro mundo.

La tremenda revelación dejó a Mary tan perpleja que llegó a olvidarse de lo que acababa de suceder en el armario ropero.

—Pero, ¿es cierto lo que esos hombres han dicho?

El juez bajó la cabeza.

—Cierto, hija mía. Soy un miserable ladrón. Pero mañana mismo repararé en parte mi falta entregándome a la justicia.

En este momento se abrió el armario ropero y apareció Buck.

—No se asusten ustedes—dijo al ver la estupefacción con que tío y sobrina le miraban—. Estos armarios son una maravilla de construcción. Tienen en lo más alto un estante donde el cuerpo humano halla un refugio incómodo, pero seguro.

Después dijo, dirigiéndose al tío:

—Lo he oído todo y no he oído nada. Tan sólo le ruego que me acompañe a ese banco que según tengo entendido piensa Lawson asaltar mañana.

De muy buen grado se puso el juez al servicio de Duane y como Mary se empeñó en acompañarlos emprendieron en el acto el camino, pues habrían de viajar durante toda la noche si querían llegar al banco antes que Lawson y su cuadrilla.

Sólo se detuvieron en el puesto de Mac Nelly,

el jefe de la policía rural, para darle cuenta de lo que los bandidos iban a hacer y de lo que él iba a evitar.

A la mañana siguiente llegaron los viajeros a los cuales se había unido Mac Nelly con una docena de policías, al pueblo donde el asalto se iba a realizar y se instalaron en una casa vecina al banco.

Buck fué a preparar a la gente y por lo que pudiera ocurrir se llevaron el dinero y los empleados abandonaron las oficinas.

El fué el único que se quedó en el banco, en contra de los consejos de Mac Nelly, que creía preferible dejarlos entrar para cortarles luego la retirada.

No tardaron en llegar los bandidos. Como si fuera a realizar una operación bancaria de las que realizan diariamente las personas honradas, Lawson bajó del caballo y entró en el banco, dirigiéndose a la ventanilla de caja.

Al ver que no había nadie, golpeó el mostrador con los nudillos, al mismo tiempo que con

la otra empuñaba el revólver, ya que había convenido con su gente que la señal de asalto sería un tiro.

Como nadie contestara, volvió a llamar y entonces oyó a sus espaldas una voz que decía:

Si te es igual aquí estoy para servirte.

No pudo evitar un estremecimiento al volverse y ver a Buck.

—¿Qué has venido a hacer aquí?

Impedir lo que piensas hacer tú.

—Pues bien. Eres tú muy poca cosa para malograr mis planes.

Tiró del revólver y simultáneamente hizo Buck la misma operación.

Los dos dispararon al mismo tiempo, pero Buck tuvo más suerte que su rival. El cayó herido en un hombro y Lawson se desplomó sin vida, con el pecho atravesado.

El disparo que había de ser una señal para los bandidos lo fué también para la policía. Se entabló un tiroteo en el que triunfaron fácilmente los bravos hombres de Mac Nelly. Durante él, indiferente a la lluvia de balas que silbaban sobre su cabeza, Mary cruzó la calle, penetró en el banco y buscó ansiosamente a Buck.

—Mary.

Se volvió hacia el punto de donde aquella voz había salido y vió a su amado caído en el suelo.

Cayó a su lado de rodillas y buscó con desesperado afán la huella del balazo. Respiró al ver que la herida estaba en un hombro.

—¡Buck, amado mío!...

El hizo un esfuerzo por sonreír.

—No te asustes; no es nada. Un poco de dolor y nada más. Lo importante para mí es que no me creas un fuera de la ley como me creíste anoche y como durante tanto tiempo me han creído todos.

—Y yo en nombre de todos, te pido que nos perdones, Buck.

El que así había hablado era Mac Nelly que acababa de llegar y se había detenido a presenciar el cuadro de amor.

—¿Y yo, me he ganado el perdón?

—Te has ganado un ascenso, Buck. Pero dime: a todo esto, ¿quién es Holt?

—Pues Holt era el mismo Lawson.

Y al decir esto, Buck dirigió al juez una mirada de inteligencia.

Un mes tardó en curar la herida de Buck y ese mismo tiempo tardó en casarse con Mary.

Y el caballista solitario, se convirtió en un apacible cabeza de familia.

F I N

Ha sido revisado por la Censura

¡Éxito del cine sonoro!

Acaba de aparecer:

Un plato a la americana

por Janet Gaynor y Charles Farrell

Precio: 50 cts.

Éxito verdad de

La Novela para todos

Publicación semanal de novelas para todos. Excelentes asuntos

Precio: 30 céntimos

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Obras, Revistas y Publicaciones, S. A.

BARCELONA: Barbará, 16; MADRID: Caños, 1

La Novela Cinematográfica del Hogar

aparece los sábados y sólo publica
asuntos de buen gusto

Número 1: Puertas cerradas

por Virginia Valli

Postal-bicolor: JANET GAYNOR

Número 2: Madre pecadora

por Irene Rich

Postal-bicolor: CHARLES FARRELL

Próximo número:

La losa del pasado

por Donald Keith y Helen Foster

Postal-bicolor: EDMUND LOWE

Lea y recomiende **La Novela Cine-
matográfica del Hogar**

Ediciones Especiales de
La Novela Semanal Cinematográfica

¡Lo mejor del cine!

Últimos éxitos:

La senda del 98

Espejismos

Evangelina

Orquídeas salvajes

El caballero

Egoísmo

La máscara del diablo

El pan nuestro de cada día

Vieja hidalguía

Acaba de aparecer:

POSESIÓN

por Francesco Bertini

En breve:

TENTACION

por Greta Garbo y Nils Asther

¡SIEMPRE LO MEJOR!

Precio: 1 peseta

Formidable éxito de

La Novela EVA

Publicación semanal
de novelas modernas

Precio: 30 céntimos

La Novela Adán

Compañera de la no menos atractiva EVA

Aparece los martes

Números publicados:

1. ¡Yo quiero un novio!
2. En busca de una Venus
3. Pero mamá, ¡sí es tan feo!

Próximo número:

La primera vez

Precio: 30 céntimos

Ediciones BISTAGNE



Passeo de la Paz, 10 bis
Tel. 1951 - BARCELONA